

LA RIIAL A LAS PUERTAS DE UN NUEVO MILENIO

Elementos de las palabras de S.E.R. mons. Pier Franco Pastore a la
5ª. Reunión continental de la RIIAL
Ciudad de México, 15 de junio de 1999

Balance del camino recorrido

Poder estar tan cerca de Nuestra Señora de Guadalupe es ya un motivo de profunda alegría para todos. Pero además, desde su incorporación a la RIIAL, México se ha constituido como un punto muy participativo y fructuoso de la Red, con innumerables iniciativas eclesiales en el terreno informático

Todos intuimos que esta 5ª edición de estas Reuniones Continentales de la RIIAL reviste una particular importancia, aunque quizá no sepamos definir exactamente por qué. Entre los numerosos motivos de esta singularidad no es indiferente el hecho de que nos encontremos a unos cuantos meses del inicio del Gran Jubileo del año 2000. Esta magna celebración atrae, como un imán, gran parte de las acciones que estamos realizando, pero a la vez se transforma en impulso y luz de futuro para la nueva fase histórica que vemos nacer y que nos atañe particularmente: la llamada “era digital” o “cultura de la información”.

Sin entrar en detalles de análisis sobre la era digital, tema que excede al objetivo de esta intervención, sí podemos decir que la Iglesia no sólo no está ausente, no sólo está presente haciendo lo que otros hacen, sino que juega un papel animador en este novísimo campo en América Latina.

Pienso que podemos decir, con humildad y sin triunfalismo, que la RIIAL inició su camino oportunamente –hace más de diez años- , de modo tal que hoy la Iglesia aquí está bien preparada y dispuesta para asumir los desafíos que esta nueva época histórica presenta.

Señalemos algunos hechos. La casi totalidad de los episcopados latinoamericanos forma parte de la RIIAL y en su mayoría cuentan con una oficina de informática no sólo dedicada a facilitar el trabajo habitual, sino orientada también a intensificar y extender la comunicación entre los diversos puntos de las Iglesias locales. Contamos con un grupo de técnicos que se estiman sinceramente entre sí, y comparten un profundo entusiasmo y amor a la Iglesia. Gracias a ellos y ellas por el esfuerzo, y sepan que seguimos esperando mucho de ustedes. Un matiz propio de este proyecto es que suscitó una cultura informática nacida ya en clave solidaria, y por ello capaz de compartir descubrimientos y programas según la ya tradicional imagen de una “mesa común” donde cada uno participa según su propia realidad y con un talante festivo. Esta "cultura cristiana" incluye también el análisis de la tecnología para seleccionar la más adecuada a las circunstancias, sustrayéndose a la fascinación por lo más novedoso.

Así, se logró poner en marcha el intercambio de datos y la comunicación informática a distancia aún antes de la irrupción masiva de Internet. En otras palabras, la Iglesia anticipó en algunos aspectos

las coordenadas de esta cultura y contribuyó a su nacimiento con una impronta particular en América Latina. Esa cultura naciente imprimió a su vez su sello en la propia tarea pastoral de la Iglesia. Por eso en muchos lugares ella misma es artífice y resultado de la "era digital".

El trabajo de la RIIAL se ha orientado especialmente a prestar servicios de evangelización a los usuarios finales, allá donde estén, y en particular a los más desprovistos de otros medios como libros, bibliotecas, periódicos, etc. Varios de los técnicos aquí presentes pueden contarnos cómo se han superado enormes dificultades y carencias de infraestructura y de medios económicos, y se han realizado “vestidos a la medida” tecnológicos para ampliar la capilaridad en la comunicación.

En este sentido desearía hacer presente una experiencia personal. Después de la guerra europea y dada la tremenda confusión que reinaba entre tantas personas, hubo en Italia grupos eclesiales que se dedicaron con esfuerzo ejemplar a la construcción de oratorios. Los animaba el deseo de ofrecer espacios de encuentro, pero muchos de ellos olvidaron que debían tener también preparados unos contenidos, algo que decir, más allá de lo meramente intuitivo. Hubo, pues, no pocos oratorios que quedaron vacíos por falta de contenidos sustanciosos y significativos.

Por ello es grato constatar que son cada vez más los contenidos que fluyen por la Red. Un servicio especialmente entrañable para todos son los envíos de Radio Vaticano en diversos formatos, pero a ellos se añaden Agencias de Noticias, boletines especializados, archivos documentales cada vez más completos. La extensión de Internet en estos años ha facilitado la difusión de estos contenidos a escala internacional y ha permitido también a la Iglesia ofrecer su mensaje a través de páginas web. Hoy avistamos ya el surgimiento de formas concretas de colaboración en materia de contenidos –radio, televisión y prensa-, que probaremos por medio de experiencias piloto, como es habitual en la RIIAL.

Esta creciente riqueza podría entrañar a su vez un nuevo riesgo: el de la excesiva dispersión en la que la variedad de las fuentes ocasionara una fragmentación que dañe la eficacia del mensaje. Nuestra red no es una Internet donde cabe todo, incluso lo contradictorio. La RIIAL es una Red de la Iglesia, en la que todos nos orientamos hacia el mismo punto: Dios, Padre de Jesucristo y Padre nuestro. Cada uno expresa el mismo mensaje según su carisma y estilo. Por ello cabría buscar formas para la organización de los contenidos y lograr el “orden del tráfico” a través, por ejemplo, de una “Task Force” de contenidos que ofrezca asesoría y apoyo al modo como lo hace la de Técnicos.

El contexto actual

Agradecidos con Dios por el camino recorrido, no podemos suponer que está todo realizado e ignorar a las acuciantes preguntas que la realidad del mundo actual nos plantea. Se trata de gigantescos desafíos para la generación en que nos ha tocado vivir.

¿Hacia dónde vamos? Aquí está el meollo de lo que la mayoría de nosotros se pregunta. Primero, porque como hemos dicho en otros contextos, estos procesos hacen que el rico sea más rico y el pobre sea más pobre. Quien esté fuera de esta dinámica quedará excluido del gran patrimonio de la cultura - y seguramente de la economía- en el tercer milenio. Y son muchos millones las personas que no tienen acceso, no digamos a los beneficios de la cultura, sino a una vida apenas digna de tal nombre. La llamada “globalización”, suscita alianzas entre los bloques económicos y políticos del mundo, pero con intensos efectos de exclusión en grandes masas de personas. La Iglesia no puede permanecer ajena a esta realidad y debe ser capaz de tender puentes –humanos y también informáticos- entre los grupos sociales en un esfuerzo de integración que recomponga el tejido social.

En segundo, lugar, vemos que el mero avance tecnológico no sabe a dónde va. Miles de empresas investigan para "mejorar" los programas y las máquinas, pero... ¿qué se entiende por mejorar? ¿Cuál es su horizonte? ¿Cuáles son las coordenadas culturales que la orientan? Sólo una permanente *presencia humanizante* puede dar las pistas de solución de ecuación tan complicada. Sabemos que un mero avance tecnológico sin la corrección constante de la reflexión humana, iluminada por el Evangelio, nos llevaría por caminos llenos de peligro. De ahí que los encuentros entre las personas que hacen la red en nombre de la Iglesia sean no sólo oportunos, sino esenciales, y el planteamiento de los mismos busca ciertamente estos fines. ¿Cuál ha de ser, entonces, nuestra tarea hoy?

Ser red y usar las redes para la comunión.

El contexto del Año Santo es una ocasión privilegiada para ejercitar la potencia de la RIIAL en eso que llamamos “comunión”. El intenso tráfico de comunicaciones que la fiesta del Gran Jubileo traerá consigo, comportará una verificación sobre la utilidad y capacidad de servicio de nuestra Red, tanto en la vertiente técnica como en el aspecto de los contenidos. El Santo Padre, en un discurso a los miembros del Comité Central del Año Santo y representantes de las Conferencias Episcopales del mundo, decía ya en el año 1996 que “...*a nadie pasa inadvertido el papel que estos instrumentos [las nuevas tecnologías multimediales] pueden desempeñar en la preparación y la celebración del próximo*

Jubileo, el primero de la era telemática”.(Roma, 16 de febrero 1996). De hecho, este primer Jubileo de la era telemática ha contado ya en América Latina con la generosa colaboración técnica de muchos de ustedes, en áreas no directamente relacionadas con la RIIAL, por lo cual deseo expresarles aquí mi sincero agradecimiento.

La informática y la telemática son “soportes de comunicación”, es más, de comunicación social, y como tales hay que considerarlos. No cabe olvidar que la comunión y el progreso son los fines de la comunicación social y hacia ellos se orienta también la RIIAL por ser un medio de comunicación de la Iglesia.

Ante las numerosas voces de alarma que –con más que sobrados motivos- se alzan ante situaciones extremas y peligrosas de estas nuevas tecnologías, hemos de saber que ha comenzado un proceso en el que no cabe hacer marcha atrás. Por tanto olvidemos las lamentaciones ante lo negativo y llenemos este soporte comunicativo de contenidos positivos. En esta valorización de lo positivo, en clave humanística, la falta discreta de recursos es una ventaja, pues puede salvarnos del despilfarro y de la frivolidad en el uso de los recursos.

Son muchos los servicios que la electrónica ofrece; por citar algunos: información, memoria, incluso comunicación interpersonal, accesibilidad de realidades antes lejanas -física o intelectualmente-, rapidez, ahorro de esfuerzo, nuevas posibilidades, etc.. Todo ello es **comunión** cuando se da en una participación armónica. En la RIIAL se ha dicho desde el principio que se trataba de construir una plataforma de diálogo, la mesa de un banquete en el que cada comensal pueda sentarse según su propia realidad o forma de ser.

Ya que estas tecnologías llevan a un grado más alto de humanización -amplían el horizonte de la vida humana- es necesario que se dé una participación equilibrada de clases, países, sectores, razas, etc. En este sentido, la RIIAL, desde el principio, se ha esforzado en dotar a la Iglesia con esta tecnología de forma homogénea. Una real, intensa, auténtica coparticipación, es el mejor antídoto contra los riesgos de un uso desviado del instrumento informático. Volviendo a nuestra metáfora de la “mesa común”, cada uno vive y aporta su propia cultura, siendo quien es sin arrogancia y abierto a una dimensión universal. No olvidemos que somos seguidores de Cristo, que está Resucitado. Él “atraviesa los muros”, es “de todos”, se hace presente en todas las culturas abriéndolas a la mutua comprensión porque se dan cuenta de que son todas ellas iguales en dignidad, todas con valores y asimismo todas con aspectos que purificar a la luz del Evangelio.

Las redes diocesanas

La RIIAL dedicó sus esfuerzos el año pasado a “poblar de e-mails América Latina”, de modo que fueran cada vez más los beneficiarios de tantos y buenos contenidos, y pudieran además expresar sus realidades y logros. Esta expansión de la “cultura del correo electrónico”, especialmente en función de los más necesitados, tiene su base en la realidad diocesana, que adquiere particular relieve en estos momentos. La Iglesia es múltiple, tiene muchas y diversas formas de expresión, pero un solo y el mismo mensaje que decir al mundo. Cada Iglesia particular tiene vida propia, tiene unas señas de identidad, y a la vez está presente en ella la Iglesia universal. El trabajo de cada Diócesis es esencial e irrenunciable. Es necesario animar **la comunicación** hacia dentro de las Diócesis: entre los obispados y las parroquias, las congregaciones religiosas, institutos de estudio, universidades, asociaciones de laicos, escuelas, etc. En este conjunto variopinto, el Obispo es “Presidente” de un Ágape al cual están llamados todos los que son miembros de la Iglesia, cada uno según su realidad.

Es muy útil realizar reuniones diocesanas que congreguen a personas encargadas de la informática en cada entidad o parroquia, para conocer las necesidades de los usuarios últimos de los servicios que ofrecemos, ampliar espacios de diálogo, encuentro y compatibilización de sistemas. Al mismo tiempo las Conferencias Episcopales en los países pueden prestar un gran servicio en la animación y prestación de servicios comunes para bien de todos.

Algunas claves para vivir en la era de la información

Estamos finalizando el Triduo de años que el Santo Padre propuso a la Iglesia como preparación para el Gran Jubileo. Este año, año del Padre, año de la Misericordia, es también el Año de la Caridad, virtud cumbre de la vida cristiana. Nada de lo que hagamos tiene sentido si no está empapado, animado e impulsado por la Caridad (cf. Cor 15). Deseamos “llevar el Evangelio al corazón de la cultura digital” y por eso estamos aquí. Sugiero algunas formas de hacerlo.

Sosiego

Se habla ya de una hipertrofia informativa. El ciudadano medio recibe cantidades inmensas de información que en sí misma no acrecienta el conocimiento. El bombardeo es tal, que la superposición de datos se vuelve cada vez menos significativa. Hay autores que la llaman *asfixia comunicacional*, que degenera en la supresión de la libertad. De aquí que en un previsible futuro de expansión generalizada de Internet, lo verdaderamente valioso serán los análisis, las interpretaciones o las puestas en contexto de esa información. Esto conlleva un trabajo humano de selección, comprensión y estudio

que supone *sosiego* y paz. Los cristianos no pueden dejarse llevar por la vorágine de un ritmo impuesto desde fuera por una sociedad hiperactiva. La Iglesia, “experta en humanidad”, sabe bien que las personas e incluso los grupos, tienen una capacidad y un ritmo de asimilación que deben ser respetados si no se quiere caer –como sucede ya en tantos ambientes- en el estrés producido por el exceso de información. Hemos de vivir en la era digital “a ritmo y medida humana”.

Valores

Pero además del sosiego y la paz, la Iglesia ofrece y vive unos *valores* surgidos del Evangelio, que posibilitan la mejor comprensión de lo que sucede y la adhesión a aquello que promueve la dignidad de las personas. Jesucristo vivo es, entonces, “luz, del mundo” para iluminar esas autopistas y poner en evidencia cuanto de bello, verdadero y bueno hay en este abigarrado panorama comunicacional. Es como si nuevamente el Creador, con la luz de Cristo “ordenara el caos” que parece envolvernos. A la luz de la fe en Él los acontecimientos, incluso aquéllos que parecen más negativos, adquieren sentido. Con Él podemos escoger mejor qué hacer y cómo hacerlo, desestimando lo hueco y lo dañino y promoviendo la civilización del amor en función de los más necesitados.

Esperanza

Entonces surge más fácilmente algo que en la generación actual, incluso entre muchos cristianos, parece escasear: la esperanza. El temor se apodera de muchos corazones cuando contemplan –tantas veces sin sosiego y sin un marco de referencia- la realidad en que viven. ¡Qué valioso puede ser, precisamente ahora, leer lo que sucede en términos de “historia de salvación” para cada ser humano!. La “gran biblioteca” de Internet, las realidades y anhelos humanos plasmados en miles y miles de páginas web, la gran cantidad de medios que la técnica ofrece, pueden ser “leídos” en profundidad, en clave de esperanza, pues la Pascua de Cristo no ha sido en vano.

No me resta sino agradecer la atención de ustedes, animarlos a seguir adelante en esta importante tarea, y pedir al Señor su Gracia para que estemos atentos al Espíritu Santo que será nuestro Guía en la evangelización de este nuevo campo.